SAN PELAYO

Vida del niño SAN PELAYO

MIL AÑOS DE SAN PELAYO MÁRTIR

Andrés Codesal

Editorial APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78 - www.apostoladomariano.com

ISBN: 978-84-7770-262-7 - Depósito legal: B. 4.018-1994
Impreso en España - *Printed in Spain* - Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

Pelayo de niño y estudiante

Junto a las fronteras de Portugal, e implantada en la provincia de Pontevedra, se levanta majestuosa la antigua y bonita ciudad de Tuy, sede episcopal, bañada por las fertilizadoras aguas del Miño, y cuya importancia y celebridad reconocen tanto el arte mercantil, cuando las páginas de la Historia Eclesiástica.

Vivía en esta religiosa ciudad por el año del Señor 912 una muy honrada familia, que si era rica en bienes de fortuna, no lo era menos en bienes de gracia y virtudes cristianas, como cuentan los historiadores.

Tocaba ya a su término el delicioso y encantador mes de junio, y este piadoso pueblo de Tuy recogía en su seno con júbilo, un gallardo niño, más hermoso que la aurora, con que Dios premiaba la religiosidad de aquellos venturosos esposos, y el cual a su tiempo habría de vencer y quebrantar la soberbia del enemigo de los cristianos Abderramán III, y el de todos los enemigos de las almas, el tirano infernal.

El primer cuidado de aquellos venturosos esposos, cuyos nombres ignoramos, después de bautizarlo con el nombre de Pelayo, fue el de enseñarle a pronunciar los nombres de Jesús y María, y cuando aun apenas sabía balbucear, le escogieron un venturoso maestro, que probablemente fue su propio tío Hermoigio, que al mismo tiempo que lo instruyó en las ciencias convenientes a su rango, le enseñó de palabra y con el ejemplo, las virtudes evangélicas.

Éste, cual solícito instructor, puso todo su cuidado en cumplir su cometido, hasta que se vio obligado a dejar el oficio de maestro por haber sido propuesto para ocupar la sede episcopal de Tuy.

El niño crecía junto al santuario, destinado también él a las altas dignidades eclesiásticas. Estudiaba la gramática y el salterio, así como todas las ciencias fundamentales para un hombre de iglesia; pero en lo que puso más empeño en aprenderse de memoria, eran las verdades fundamentales del catecismo.

La batalla de Valle-Junquera

Por entonces reinaba en Córdoba el rey moro Abderramán III, en un magnífico palacio, en cuyo decorado gastó los productos de muchas provincias. Columnas de mármol blanco, techos maravillosamente decorados, tapices traídos de Oriente, cortinajes de seda, etc., etc., gastando cuantiosas sumas en dar explendor a aquella encantadora morada.

Y no contento este ambicioso monarca con la dilatada extensión de sus dominios, quiso avasallar para él a todas las demás provincias peninsulares ocupadas por los cristianos a quienes tuvo siempre un odio mortal. Y así, con la ayuda de otros monarcas árabes, le llegó de África gran número de guerreros, con cuya ayuda se decidió a tomar Castilla y Galicia, sembrando el terror y el exterminio por todas partes, asolando las campiñas y destruyendo iglesias y conventos, llevándolo todo a sangre y fuego.

Con ánimo intrépido y aguerrido, salió a su encuentro el piadoso rey de León, Ordoño, en compañía del de Navarra, Don García, para reprimir el ímpetu de la morisma, llevando consigo algunos prelados para el auxilio espiritual de los ejércitos cristianos.

Los cristianos se defendían y luchaban mejor en los montes y en las sierras, y por eso el Sultán cuando hubo llegado al valle, que a causa de sus juncos se llamaba La Junquera, dio orden de hacer alto y desplegar las tiendas.

Entonces los cristianos cometieron el error de bajar al llano y hacerles frente con gran audacia y valentía, y a pesar del gran valor con que lucharon, fueron derrotados por los sarracenos, con grande sentimiento de los nuestros.

Los musulmanes les persiguieron hasta que las sombras de la noche los ocultaron a su vista, e hicieron prisioneros a muchos de sus jefes y dos obispos: Hermoigio, de Tuy, y Dulcidio, de Salamanca.

Pelayo prisionero

Cargados de inmenso botín, volvieron los vencedores a Córdoba, capital del Califato, no sin llevarse consigo gran cantidad de cautivos, entre los que se encontraban Dulcio, Obispo de Salamanca, y Hermoigio, Obispo de Tuy, quienes amarrados con grilletes y cadenas, fueron encerrador en lóbregos calabozos y mazmorras.

No duraron mucho tiempo en prisión los dos Obispos. Ambos gestionaron su libertad con el Califa, que les prometió la libertad a cambio de mucho dinero.

Según refieren las Crónicas más cercanas, parece que el Obispo de Salamanca, consiguió muy pronto la libertad. El de Tuy acudió a su hermano, el padre de San Pelayo, que era muy rico, y éste viajó hasta Córdoba llevando una fuerte suma de dinero para rescatarlo.

Pelayo, que al parecer sentía gran afecto por su tío, que había sido su maestro, acompañó a su padre hasta Córdoba con el deseo de poder ver y abrazar a su tío.

Pero luego resulta que los moros no se contentan con el dinero que les ofrecen, y piden mucho más para cerrar el trato. El Obispo Hermoigio y su hermano, viendo que no hay otra solución, deciden dejar como rehén al muchacho Pelayo, mientras regresan de nuevo a Galicia a reunir el dinero que les falta, para rescatar al joven.

Éste es valiente, y como sabe que su tío hace mucha falta en Tuy, se queda contento esperando vuelvan pronto con el dinero para poder regresar a su tierra.

Casi cuatro años pasa el niño en los calabozos de Córdoba sin que su familia cumpla la promesa del rescate. Mientras tanto Pelayo se ha convertido en un atractivo mancebo.

Los moros habían pedido mucho dinero, y aunque el obispo y su hermano en un principio pensaron poder conseguirlo, la cosa después no les resultó fácil.

Pelayo en la prisión

La fe le sostenía: rezaba los salmos que había aprendido en la escuela de Tuy, y, sobre todo, hablaba mucho a sola con Dios en la soledad de la cárcel, porque tenía gran fe de que Jesús está siempre muy cerca de los atribulados.

Mientras los demás presos dormían, Pelayo permanecía muchas horas despierto pensando en Dios y en las promesas que nos hizo Jesucristo a los que sufrimos por su amor.

Recordaba mucho a su tío cuando le comentaba los Santos Evangelios, y sobre todo recordaba las palabras de Jesús, cuando decía: «Así como me han perseguido a Mí, también os perseguirán a vosotros...» (Jn. 15,20).

«Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan, y digan con mentira toda suerte de males de vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque será muy grande vuestra recompensa en los cielos...» Mt. 5,10-12).

Pelayo sabía que el camino del cielo es difícil, pero que la recompensa es eterna y merece la pena sufrir con alegría un poco de tiempo en este mundo para conseguir la felicidad eterna. Recordaba las palabras de San Pablo: «En verdad que estoy persuadido de que los sufrimientos de la vida presente no tienen comparación con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros» (Rm. 8,18). Pues, «las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente, nos producen el eterno galardón de una sublime e incomparable gloria» (2 Cor. 4,17).

Pelayo pensaba mucho en el cielo y en la extraordinaria gloria prometida, superior a todo cuanto podemos imaginar, que, según frase del Apóstol: «Ni el ojo vio ni el oído oyó, ni jamás pasó por la mente del hombre lo que Dios nos tiene preparado» (1 Cor. 2,9).

Pelayo no perdía la presencia de Dios, y aprendió a comunicarse con Él a través de la oración y en ella hallaba su fortaleza.

La oración de Pelayo

Pelayo estaba encerrado en un gran calabozo, que solía ser en los sótanos de los mismos palacios, y con él seguramente estaban también encarcelados otros muchos buenos cristianos y algunos sacerdotes.

Juntos rezaban mucho, cantaban himnos y salmos, y unos a otros se exhortaban a sufrir con paciencia todas aquellas penalidades como si fueran gracias especiales que les concedía la divina Providencia.

Pelayo era el más fervoroso, el que hablaba con mayor entusiasmo de la suerte que sería para ellos si los condenasen a padecer el martirio y pudieran ir pronto al cielo.

Con frecuencia se retiraba hacia algún rincón de aquellos oscuros calabozos, para pensar, y sobre todo, para hablar a solas con aquel Dios que desde muy niño había descubierto que llevaba escondido dentro de su corazón.

Jesús dijo: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y pondremos nuestra morada en él» (Jn. 14,23). Por eso Pelayo sabía que Dios estaba con él dentro de su corazón, y se pasaba muchos ratos hablando con Él, pidiéndole ayuda para hacer y sufrir todo lo que Dios quisiera.

Éste fue el gran secreto que lo llevó a ser santo: la gran fe que tenía en Dios y la enorme confianza con la que acudía a Él en todos los momentos de su vida.

Se ha dicho que la santidad de cada uno es tal cual sea su oración: el que ore más y mejor será siempre más santo, y poseerá en mayor grado todas las demás virtudes: la caridad, la humildad, la pureza, y todo lo demás que hace falta para ser más agradable a Dios. Y es por eso que no ha habido nunca un santo que no se haya distinguido por ser, sobre todo, un hombre de oración.

Este fue el secreto de su santidad y de su fortaleza para vencer en todas las dificultades, con rostro alegre y sin tristeza: su constancia en la oración.

¿Qué dicen los historiadores?

En el Oficio de León, se lee: «Allí estuvo tres años y seis meses, y consumía todo el tiempo en sagradas meditaciones, acaparando virtudes y en las alabanzas de Dios».

El Ilmo. Amat en la «Historia Eclesiástica», dice: El santo niño estaba en la cárcel muy contento. Pasaba el tiempo leyendo las Cartas de San Pablo y demás libros sagrados, y en oración. Era humilde, apacible, alegre sin disolución y era amado de cuantos le trataban...

En el Martirologio de Croisset, se lee: «Puesto en prisión, no fueron sus ocupaciones las ordinarias de los niños de su edad, que era de diez años, sino que se comportaba como si fuera una persona mayor... Le tenía el cielo destinado para hacer en él ostentación del poder de su gracia, y así le iba disponiendo con todos aquellos auxilios especiales que concede a los héroes del cristianismo para que triunfen gloriosamente de los enemigos de la fe, bajo cuyo supuesto se dejó ver el ilustre niño,resignado con la voluntad de Dios, sin quejarse de la dureza de la prisión, como otros cautivos.

El P. Ribadeneira escribió: «Tenía entonces Pelayo diez años y era grande en él la hermosura y mucha la modestia. Era honesto, templado, reposado y prudente. En la cárcel velaba en la oración, leía libros santos, y sus palabras eran solamente de cosas de virtud...».

Su gran devoción a la Santísima Virgen, le hizo amar sobremanera la virtud de la pureza, y a Ella acudía con gran fervor para que lo defendiera de toda tentación o peligro de manchar esta virtud.

Pelayo puso toda su filial confianza en la Santísima Virgen, y no quedó defraudado. Ella le inspiró un gran amor a la virtud de la pureza, y un gran amor a Cristo, por quien estaba dispuesto a sufrir cualquier tormento, si esa era la voluntad de Dios.

Pelayo sale de la cárcel

El rey moro Abderramán III, al parecer era un afeminado sexual, y mostraba predilección por los jóvenes robustos y hermosos. Y los criados que conocían las pasiones vergonzosas del rey, trataban de ganarse su amistad llevándole al palacio a los jóvenes de mejor presencia que pudieran encontrar.

Un día, por casualidad, quizás al llevar los alimentos a los presos, pudieron ver el rostro de Pelayo, hermoso como un ángel, y le llamó la atención. No tardaron en comunicarlo al rey, quien mandó que lo llevasen a su presencia.

Los criados fueron en seguida a la cárcel y felicitaron al muchacho diciéndole que el rey quería distinguirlo como a príncipe, y ponerlo a su servicio.

En primer lugar le llevaron a una hermosa habitación donde le prepararon lo necesario para que se bañara con aguas perfumadas, y le entregaron ricos vestidos para que se vistiese como correspondía al rango con que el rey lo quería distinguir. El joven accedió a vestirse con aquellas lujosas ropas, sólo por el deseo que tenía de poder hablar con el monarca para preguntarle si sabía algo sobre su rescate.

Así vestido y perfumado, se presentó ante el rey, y dice un historiador que, al punto en que el rey lo vio se enamoró feamente de su hermosura y gallardía. El rey le dijo: «Chico: yo te llenaré de riquezas, de honores y de placeres, si tú negando a Cristo, reconoces a Mahoma como verdadero profeta. Ya ves cuánta es la riqueza y opulencia de nuestro reino. Te colmaré de riquezas; podrás tener muchos esclavos y espléndidas mansiones, caballos y todo lo que quieras...». Pelayo, que estaba locamente enamorado de Cristo, miró con desprecio al rey, y le dijo que antes habría de morir con la muerte que se le antojara al rey, que cometer tal barbaridad.

«Mátame si quieres —le dijo—; hazme pedazos y destroza mi cuerpo si así te place; pero yo amo a Cristo y le amaré toda mi vida».

Pureza virginal de Pelayo

Abderramán al ver que a Pelayo no le agradaba su proposición, le acarició con la mano y le tocó lleno de lujuria, de forma que Pelayo entendió las intenciones deshonestas del monarca. Entonces el Santo, dando un paso atrás, le volvió a mirar con ojos airados y le dijo lleno de rabia: «Quita, perro, no me toques. ¿Acaso crees que yo soy alguno de tus afeminados?». Y mientras lo insultaba, rompió con gran coraje el vestido real que le habían puesto, declarándose luchador en la palestra, resuelto a morir por Cristo antes que manchar su pureza con las torpezas que le insinuaba el rey.

Creyó Abderramán que esto sería una fogosidad pasajera del muchacho, y que acabaría aceptando si se le preparaba con amabilidad y cariño, por lo que lo entregó a sus confidentes para que blandamente lo fuesen persuadiendo a que aceptase los regalos del rey y abrazase la pompa de las reales promesas.

Pero Pelayo, en cuanto pudo quedarse solo en su nueva y hermosa habitación, se arrodilló en el suelo y vueltos sus ojos hacia el cielo, acudió a Cristo su amado, con lágrimas en los ojos le suplicaba ayuda para aquel trance, pidiéndole le ayudase a conservar su pureza y a sufrir el martirio si esa era su voluntad, con ánimo decidido.

Muy bien sabía Pelayo que, sin la ayuda de Dios no podemos hacer nada (Jn. 15,5), y mucho menos sufrir el martirio que le amenazaba; pero también estaba persuadido de que Dios no nos abandona si le invocamos con fervor.

Cristo nos mandó orar con insistencia para no caer en la tentación, y nos prometió solemnemente su ayuda siempre que se lo pidamos. (Mt. 26,41-42; 7,7).

Y por eso ora con gran fe y le pide a Dios fortaleza para sufrir todo lo que Él quiera, y siente un gran ánimo en su corazón para padecer lo que sea. Y es que, cuando se acepta con ánimo decidido la voluntad de Dios, la alegría en la oración es indescriptible.

Pelayo rechaza honores y riquezas

El P. Justo Pérez de Urbel, en su «Año Cristiano», dice de San Pelayo: «La misma melancolía que su desgracia había dejado impresa en sus ojos, añadía un nuevo encanto a la belleza de su amable adolescencia. Muchas veces en la confusión inmoral del ergástulo, tuvo necesidad de una energía heroica para guardar la pureza de su alma. «Y Dios quiera —pensaba él— que no me vea en apuros más terribles».

Aunque niño, se había dado cuenta de la corrupción que reinaba en aquella ciudad de los soberbios palacios, de los maravillosos jardines, de las tres mil mezquitas y de las novecientas casas de baños. Ésta era la ciudad donde se daba culto al impuro amor en todas sus formas, donde los poetas cantaban las gracias de los mancebos con versos apasionados, donde los eunucos y los libertos llegaban a comprar los más altos puestos del estado con la prostitución de su conciencia.

El antiguo estudiante de Tuy podía ver en la cumbre de los honores a muchachos que en otro tiempo habían dormido, como él, en el suelo. Ahora eran generales; administraban las rentas del califa, tenían esclavos, tierras, casas, jardines; formaban bibliotecas, se rodeaban de literatos y clientes y miraban con desdén a la antigua aristocracia. Era la política de Abderramán III: todos los empleos los puso en manos de esclavos cogidos en la guerra, o vendidos por los piratas en los puertos del Mediterráneo... Todos ellos eran instrumentos dóciles en sus manos, que habían empezado por abandonar su religión, y a cambio de la confianza con que se les honraba, se prestaban a los más infames servicios.

A Pelayo le causaba mucha pena el ver a tantos cristianos abandonar a Jesucristo a cambio de riquezas, honores y placeres, porque sabía muy bien que todo aquello no era más que un poco de basura, en comparación de lo que en el cielo Dios nos tiene prometido.

Nuevas amenazas

Pelayo mientras permanecía en su lujosa habitación, no cesaba de orar: Pedía con lágrimas a Cristo que le ayudase, y acudía con gran devoción a la Santísima Virgen para que le ayudase a defender su pureza y aceptar con valentía el martirio antes de acceder a las pretensiones del rey.

Pero muy pronto aparecieron de nuevo los criados del monarca, rogándole con mucha amabilidad que pensara bien lo que hacía: «No seas loco —le decían—; mira cuantos jóvenes que como tú eran también prisioneros, hoy viven en ricos palacios y tienen todo lo que desean. Haz tú igual: accede a los deseos del rey y vivirás feliz toda tu vida...».

Viendo que con todo lo que le ofrecían no conseguían nada, un tanto enfurecidos empezaron a amenazarle con los más duros tormentos. Le explicaron de la forma más realista todo lo que el rey solía hacer con los que no le obedecían, hasta que, cansados, le dejaron de nuevo insistiendo: «Mira, piensa bien lo que haces, pues si no cambias de parecer, ya sabes lo que te espera».

Pelayo, al volver a quedarse solo en la habitación, ya sabía que su fin era el martirio y lo aceptó con alegría. Solamente pedía a Nuestro Señor Jesucristo que le ayudase a sufrir por su amor sin desmayo, con entereza y valentía.

Y mientras oraba en la soledad de aquella lujosa habitación, recordaría el martirio de otros niños que, como los siete hermanos Macabeos, despreciaron la vida presente aceptando cruelísimos tormentos con la esperanza de resucitar muy pronto a otra vida mejor: Y así pensaría con ellos: «Tú, oh perversísimo rey, nos quitas la vida presente, pero el Rey del universo nos resucitará para la vida eterna» (2 Mac. 7,9).

Y ¿qué es la vida presente en comparación con la eterna? ¿Qué son ochenta años en comparación de ochenta millones? ¡Y la eternidad no es solamente ochenta millones de años, sino mucho más...! La gloria del cielo no acabará nunca.

Martirio de San Pelayo

Viéndose el rey despreciado por el niño, y que todo su poder y arte no podían contrarrestar aquella fortaleza, mudado el amor en indignación, exclamó irritado de furor: «Colgadle en las garruchas de hierro, levantándole y bajándole de arriba a abajo, tenazmente, hasta que niegue a Cristo o arroje el alma del cuerpo».

Con la irritación del rey —dice su historiador— prontamente se irritaron todos y pusieron por obra la sentencia.

Sufrió el valeroso mancebo aquel duro tormento con ánimo invariable e intrépido, dispuesto a sufrir mayores penas hasta dar toda su sangre y vida por Cristo.

El P. Urbel dice que «luego lo colocaron en una máquina de guerra o catapulta, con la que lo arrojaron vivo por los aires, yendo a caer al otro lado del río».

Ya llevaban tres horas atormentándole y todo su cuerpo estaba lleno de llagas que manaban mucha sangre, no obstante él estaba con ánimo apacible y sosegado, casi sonriente, mientras sufría tan crueles tormentos, suspiraba diciendo: «Cristiano soy y siervo de mi Señor Jesucristo, y no hay cosa en el mundo que me pueda arrancar de su obediencia y confesión de la fe» (Leyenda de Oro).

Después, levantando la mirada y los brazos al cielo, dando gracias a Dios por la gracia del martirio, y rogando por sus atormentadores, exclamó diciendo aquellas palabras del Real Profeta: «Líbrame Señor de la mano de mis enemigos». Y oyéndolo uno de sus verdugos, se acercó a él con la cimitarra y le cotó los brazos, y luego lo remató cortándole la cabeza, y terminaron arrojándolo al Guadalquivir, según reza la leyenda:

El alfanje de Mahoma / hizo rodar tu cabeza,
Flor de singular aroma / rosa de simpar belleza.
Y cual nevada paloma / su alma los aires rasgando,
al cielo sube volando / cargado de lumbres puras,
ya goza de las alturas / ya con Cristo está reinando.

Sus reliquias

El martirio de San Pelayo sucedió el año 925, a las tres de la tarde, en el Campo de los Mártires, junto al río Guadalquivir.

Los cristianos lo sacaron del río por la noche y lo sepultaron en la iglesia de San Ginés, y la cabeza en la de San Cipriano.

Años después, los restos del niño mártir serían entregados por el sucesor de Abderramán III a una embajada enviada por el rey de León, ciudad donde se construyó un monasterio para recibir el cuerpo del Santo, y a este monasterio se le llamó de San Pelayo.

Muerto el rey de León, la reina viuda Dña. Teresa y la regente monja Dña. Elvira huyen de la ciudad leonesa temiendo la invasión del rey moro Almanzor, y van a refugiarse en un monasterio de Oviedo, llevándose con ellas las reliquias de San Pelayo, por lo cual dicho monasterio de las MM. Benedictinas, desde entonces se llamó de San Pelayo.

El día once de abril de 1925, se abrió la urna de plata que contiene las reliquias de San Pelayo, al objeto de sacar una reliquia para la ciudad de Tuy, encontrándose el esqueleto entero, salvo una tibia que, como sagrada reliquia se venera en Córdoba.

Hay gran devoción a San Pelayo en toda Asturias, Galicia y Castilla, y tiene dedicadas a su nombre muchas iglesias. Su martirio se celebra el 26 de junio.

Gozos: Pues que fuiste, niño eterno, del infierno vencedor, Sednos niño valeroso, amoroso protector.

Burlasteis del tirano, con paz encantadora,

Por eso vuestra mano, empuña vencedora, la palma del Señor.

Allá en el alto empírico, en un trono dorado,
de gloria coronado, bañado de fulgor;
despide luces ciento, tu blanca vestidura,
ofusca tu hermosura, del sol en resplandor.

Monasterio de San Pelayo - Oviedo

9 788477 702627